

9 de junio

Domingo 10 del tiempo ordinario

**Lectura del primer libro de los Reyes** 1 R 17, 17-24

Algún tiempo después cayó enfermo el hijo de la viuda, y su enfermedad fue gravísima, tanto que hasta dejó de respirar. Entonces la viuda dijo a Elías: –¿Qué tengo yo que ver contigo, hombre de Dios? ¿Has venido a recordarme mis pecados y a hacer que mi hijo se muera? – Dame acá a tu hijo –le respondió él. Y tomándolo del regazo de la viuda, lo subió al cuarto donde él estaba alojado y lo acostó sobre su cama. Luego clamó al Señor en voz alta: “Señor y Dios mío, ¿también a esta viuda, en cuya casa estoy alojado, has de causarle dolor haciendo morir a su hijo?” En seguida se tendió tres veces sobre el niño y clamó al Señor en voz alta: “¡Señor y Dios mío, te ruego que devuelvas la vida a este niño!” El Señor escuchó los ruegos de Elías e hizo revivir al niño. En seguida, Elías tomó al niño, lo bajó de su cuarto a la planta baja de la casa y lo entregó a su madre, diciéndole: –¡Mira, tu hijo está vivo! La mujer le respondió: –Ahora sé que realmente eres un hombre de Dios, y que lo que dices es la verdad del Señor.

**Salmo responsorial** Sal 29 2 y 4. 5-6. 11-12<sup>a</sup> i 13b

Señor, mi Dios, / te pedí ayuda, y me sanaste; / tú, Señor, me salvaste de la muerte; / me diste vida, me libraste de morir.

Vosotros, fieles del Señor, ¡cantadle himnos!, / ¡alabad su santo nombre! / Porque su enojo dura un momento, / pero su buena voluntad, toda la vida / Si lloramos por la noche, / por la mañana tendremos alegría.

Has cambiado en danzas mis lamentos, / me has quitado el luto / y me has vestido de fiesta. / Por es eso, Señor y Dios, / ¡te cantaré himnos de alabanza / y siempre te daré gracias!

**Lectura de la carta de san Pablo a los Gálatas** Ga 1, 11-19

Sabed esto, hermanos: el evangelio que yo anuncio no es una idea humana. No lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino que Jesucristo mismo me lo dio a conocer. Ya habréis oído decir que yo, en otro tiempo, cuando pertenecía al judaísmo, perseguí con violencia a la iglesia de Dios y procuré destruirla. En el judaísmo estaba yo más adelantado que muchos de mis paisanos de mi misma edad, porque era mucho más estricto en guardar las tradiciones de mis antepasados. Pero Dios me escogió desde antes de nacer, y por su mucho amor me llamó. Cuando quiso, me hizo conocer a su Hijo, para que yo anunciara su evangelio entre los no judíos. Y no fui entonces a consultar con nadie, ni tampoco fui a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo. Al contrario, me dirigí sin tardanza a la región de Arabia y luego regresé a Damasco. Tres años más tarde fui a Jerusalén para conocer a Cefas, con quien estuve quince días; pero no vi a ningún otro apóstol, sino sólo a Santiago, el hermano del Señor.

**Lectura del evangelio según san Lucas** Lc 7, 11-17

Después de esto se dirigió Jesús a un pueblo llamado Naín. Iba acompañado de sus discípulos y de mucha otra gente. Al acercarse al pueblo vio que llevaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda. Mucha gente del pueblo la acompañaba. Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: –No llores. En seguida se acercó y tocó la camilla, y los que la llevaban se detuvieron. Jesús dijo al muerto: –Muchacho, a ti te digo, ¡levántate! Entonces el muerto se sentó y comenzó a hablar, y Jesús se lo entregó a la madre. Al ver esto, todos tuvieron miedo y comenzaron a alabar a Dios diciendo: –Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. También decían: –Dios ha venido a ayudari a su pueblo. Y por toda Judea y sus alrededores corrió la noticia de lo que había hecho Jesús.